

doreto que sus discípulos continuaron guardándola, y que su número se aumentó. Basso, á quién este historiador califica de gran siervo de Dios, era sacerdote y prepósito para vigilar sobre los demás sacerdotes de la aldea. Este es el que visitó á san Simeón. Cosme, autor de la vida de este Santo, dice que era hijo de un senador de Edesa en Mesopotamia, y que brilló en todo género de virtudes sobre todo en la abnegación.

SAN EUSEBIO, ABAD DE CORIFO EN SIRIA, Y SUS DISCIPULOS

Pasemos de la montaña inmediata á Antioquía al monte Corifo, situado entre esta ciudad y la de Berea ¹, y que fué santificado por las virtudes de muchos solitarios, y principalmente por las de san Eusebio y sus discípulos. Teodoro continuará sirviéndonos de guia en el relato que vamos á hacer.

Al oriente de Antioquía, dice, y al occidente de Berea hay una montaña muy alta que domina á todas las inmediatas, y cuya cúspide tiene la figura de una piña, lo cual es causa de que sus habitantes le den el nombre de Corifo, que significa cabeza ó punta muy elevada.

La superstición de los idólatras habia dedicado sobre la cima de esta montaña un templo á los demonios, que era tenido en mayor veneración que los demás del pais; en su falda habia un bosque inaccesible, bajo el cual estaba la aldea de Teledán, muy grande y poblada. Hacia la parte

¹ Llamada Chelbón por Ezequiel, y hoy Haleb.

del mediodía se veía una vasta llanura rodeada de pequeñas montañas, y á lo largo de ella multitud de aldeas. Tal era en tiempo de Teodoreto el estado de esta comarca, y en ella es en donde Marciano, fiel siervo de Dios, como le llama este historiador, despues de gustar las santas delicias del amor divino, no se contentó con gozar este precioso tesoro, sino que quiso comunicarlo á los demás, y principalmente á Eusebio y á su hermano, de quienes era tío paterno.

Estos dos piadosos sobrinos, dóciles á sus saludables consejos, se encerraron en una pequeña celda muy oscura, en donde no tenían comunicación más que con él, y en donde adelantaron bajo su dirección en la práctica del Evangelio. El hermano de Eusebio, más jóven que él, consumó muy pronto sus trabajos con un fin digno de su piedad. Una penosa enfermedad le obligó á salir de su celda, y como estaba muy preparado para el cielo, Dios le llamó pocos dias despues, y se reservó á Eusebio para un combate más largo y para una corona más rica.

Permaneció constantemente encerrado en su estrecha celda hasta despues de la muerte de su tío, viviendo separado de todas las criaturas, guardando un silencio profundo, y llenando su espíritu y su corazón con las verdades de la santa Escritura, cual alimento celestial que nutria su alma, y la disponia maravillosamente para preparar á los discípulos que Dios le proporcionaba.

A una legua de distancia habia un monasterio edificado sobre una pequeña eminencia al norte del monte Corifo, y que estaba dirigido por un santo hombre llamado Ammian, célebre por sus virtudes, y principalmente por su singular modestia. Aunque tenia ciencia suficiente para dirigir á los demás, se consideraba con tan poco talento, que resolvió pedir al gran Eusebio que viniese á ocupar su puesto. Era un santo verdaderamente humilde el que pedia

á otro santo no ménos humilde, asi es que Eusebio no podia acceder á sus deseos, porque se creia ménos capaz de dirigir aquella comunidad. Por último, Ammián hizo una nueva tentativa y consiguió triunfar de la modestia de Eusebio, diciendole : « Os ruego, siervo de Dios, que me « digais á quién deseais agradar con una vida tan austera « como la que llevais. No deseo otra cosa, respondió Eusebio, que agradar á Dios, autor y señor de todas las virtudes. Pues si « asi es, replicó Ammián, si sinceramente « amais á Dios, yo quiero proporcionaros un medio de que lo hagais con más ardor, y de que trabajéis con más fruto por la gloria de Dios. « Sabeis muy bién que el que trabaja para sí solo no merece ser alabado tanto, como el que trabaja en beneficio de los demás, « porque Dios quiere « que amemos al prójimo como á nosotros mismos, y es propio de la caridad comunicar sus bienes á otros, á lo que llama san Pablo plenitud de la ley. « Así es que, protestando san Pedro que amaba á Jesucristo más que los demás apóstoles, le encomendó este divino Naestro que « apacentase su rebaño. Reprendiendo en la ley antigua « el Señor por boca de su Profeta á los que no cumplieran sus « deberes, les dice : *¡ Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu y nada ven !* ¹ Por esta misma razón recomienda á Elías que converse con los impios, á pesar de que profesaba la vida solitaria, y envió á san « Juán, segundo Elías, á las orillas del Jordán para que « bautizase y predicase. Puesto que os ballais inflamado « en el fuego del amor de Dios que os ha criado y redimido, venid á trabajar para abrasar á los demás en este « fuego santo. »

Entónces Eusebio, impulsado por la caridad, no resistió más á sus instancias : movido por su deseo de contribuir á

¹ Ezech. xxii, 3.

la gloria de Dios, salió de la prisión voluntaria en que le había encerrado su fervor, y siguió á Ammián á su monasterio, en que este humilde superior le encomendó el cuidado de sus discípulos y él mismo se sometió á su dirección, lleno de gozo, porque iba á aprender la ciencia de los santos. Acerca de esto hace Teodoreto la siguiente reflexión : « No sé lo que debo admirar más, si la humildad del uno « ó la docilidad del otro. De una parte, huía Ammián la superioridad por temor al peligro que en ella encontraba, « y por otra, el gran Eusebio, que sólomente encontraba « licias en su retiro, lo deja y lo abandona, y se deja enredar « en los hilos de la caridad para encargarse de la dirección de una comunidad, cuando tan retirado estaba del « trato y comunicación con los hombres. »

Hacia el año de 589, según la cronología de Tillemont, es cuando se encargó del gobierno de esta comunidad religiosa, y lo hizo con tanta discreción y prudencia, que no tardó en extenderse su reputación, y en atraer gran número de discípulos de suerte que en pocos años toda la montaña se encontró llena de monasterios, á los cuales dió sabias reglas escritas de su mano. Teodoreto dá á entender que su institución se extendió mucho más léjos, pues dice que la vida solitaria y perfecta que llevaba en su estrecha celda, se extendió al occidente y al mediodía, viéndose las ramas de esta celeste planta brillar como otras tantas estrellas al rededor de la luna, cantando unos en griego las alabanzas del Criador, y sirviéndose otros de la lengua de sus respectivos países. Esto no parecerá extraordinario, si se considera el gran número de discípulos que formó por sí mismo, y los que estos á su vez formaron despues de su muerte con los ejemplos é instrucciones que les dió durante su vida.

No se contentaba con prescribirles en sus discursos lo que debían hacer, sino que se lo mostraba con sus acciones : pues además de que la conducta que observaba era

muy suficiente para enseñarles sus deberes, se veía siempre en su rostro un cierto aire de gravedad, que imprimía respeto á los que hubiesen querido resistirle, y una sola de sus miradas era capaz de animar á los tibios. Así es, dice su historiador, que no necesitaba de muchas palabras para animarlos á adelantar en los caminos de la perfección.

Les recomendaba principalmente el ejercicio de la presencia de Dios, no sólomente en el tiempo del officio divino, que todos celebraban juntos, sino en todas las demás hora del día en que cada uno iba á recogerse á la sombra de un árbol ó al pié de una roca para adorar á Dios é implorar su misericordia.

Les obligaba á comer cada dos dias, como hemos visto que lo hacia san Zenón, lo cual demuestra que este uso era muy común en aquellos parajes. Por lo que á él se refiere, su abstinencia era más grande, pues no tomaba alimento más que cada tres ó cuatro dias, tratándose con extraordinario rigor, y usando de condescendencia con los demás. Este rigor se vé más claramente en un pasaje que refiere Teodoreto, para enseñarnos con quanto cuidado vigilaba sobre si mismo, y con cuanta severidad se castigaba en aquellas cosas en que faltaba. Hallábase un día sentado con Ammián en una roca : éste leía el Evangelio, encontró un pasaje que no entendia bién, y le preguntó su explicación. Eusebio estaba un poco distraido mirando á unos labradores que no muy léjos trabajaban, y le suplicó que volviese á leerlo.

Ammián le advirtió con cierta modestia su distracción, diciéndole : « Me parece, Padre mio, que el placer que experimentais viendo á estos labradores os impide estar « atento á la lectura. » Eusebio se reprendió muy severamente, y se condenó á no mirar aquella campiña, á no dirigir sus ojos ni aún al cielo ni á los astros, y á no salir de un pequeño sendero que conducía de la celda al oratorio.

Y para hacerse como necesaria esta penitencia que se impuso voluntariamente, ató à su cuerpo cadenas de hierro, que le hacian ir encorvado y no mirar más que à la tierra, lo cual practicó durante más de cuarenta años. Cuando Teodoreto escribió la vida de los Padres, habia ya muerto Eusebio : así es que no tuvo la dicha de verle ; pero conoció à sus discípulos de quienes hablaremos despues, y aprendió este hecho de Acacio, obispo de Berea, cerca de Taledán, que le conoció mucho, así como de otras personas muy dignas de fé.

Habiéndole preguntado Acacio, dice, que ventaja le reportaba el ir encorvado sin poder mirar al cielo ni al campo, le respondió afablemente, que lo hacia para impedir que el demonio le hiciese guerra privándole de la templanza ó de la justicia, llevándole al orgullo, à la cólera y à otras pasiones, y entreteniéndole con estas cosas pequeñas, mientras que él reportaba grandes beneficios de ellas.

Nada más nos dice Teodoreto de su vida, ni señala el tiempo ni circunstancia alguna de su muerte, que debió ser muy preciosa à los ojos del Señor, por lo mismo que habia vivido tan santamente. Es difícil creer que viviese despues del año 402, según la opinión de Tillemont, y Bulteau dice que murió à fines del siglo cuarto. La Iglesia griega le honra el 25 de enero.

Hemos visto que la reputación de las virtudes de san Eusebio atrajo à su lado à un gran número de monjes, que llenaron, no sólo el monte Corifo, sino los de las inmediaciones, de fervorosas comunidades religiosas. Muchos dejaron también las que gobernaban para ponerse bajo su dirección. No es de admirar que este excelente superior hiciese tanto bién con sus instrucciones, cuando tan maravillosamente las sostenia con su ejemplo.

Entre sus discípulos se distinguieron Jacobo de Persia,

Agrippa, Marosas, David, Abba, Eusebonas y Abibión. Los dos primeros habian sido discípulos de san Juliano Sabas, y habian gobernado su monasterio. Teodoreto hace en pocas palabras un gran elogio de Jacobo de Persia en la vida de este Santo, y nos dá una alta idea de su virtud en estos términos : » El santo anciano Juliano escogia siempre para que le ayudasen à llevar la carga à algunos de sus discípulos más eminentes en virtud ; pero el que con más frecuencia tomaba era un persa llamado Jacobo, hombre de gran corpulencia, y cuya alma era mucho más grande que su cuerpo ; así es que, despues de la muerte del Santo continuó brillando en todo género de virtudes, y se hizo célebre no sólo en los monasterios de Mesopotamia, sino en los de Siria en donde terminó su vida.

Despues que san Juliano Sabas dejó la tierra, gobernó su monasterio durante algún tiempo Jacobo de Persia, como se desprende de Teodoreto, quién dice que continuó brillando por el esplendor de sus virtudes ; pero prefiriendo por un verdadero espíritu de humildad las ventajas de la obediencia, dejó su monasterio à cargo de Agrippa, y se retiró à Corifo para ponerse bajo la sabia dirección de san Eusebio. Puede juzgarse de la excelente conducta que aquí observó por la elección que hizo este Santo para que le sucediese en su cargo. Pero no fué posible hacer que lo aceptase, pues su modestia se lo representaba superior à sus fuerzas ; así es que se retiró à otro monasterio, en que murió à la edad de ciento cuatro años. Hubo, pues, que recurrir à Agrippa, que durante muchos años desempeñó muy bién este cargo, lo cual no es de admirar, dice Teodoreto, puesto que estaba adornado de todo género de virtudes, y sobre todo de una admirable pureza de corazón, que le hacia más capaz de contemplar en la oración las perfecciones de Dios, y que abrasaba su